

EL SECRETO SUMERGIDO

**EL SECRETO
SUMERGIDO**

CRISTIAN PERFUMO

Perfumo, Cristian

El secreto sumergido. - 1a ed. - Puerto Deseado : el autor,
2011.

352 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-33-0173-5

1. Narrativa Argentina . I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/02/2011

Diseño de tapa: Glòria Langreo i Puiggrós

Imagen de tapa: Fabián Álvarez Gómez

Diseño de interior: *Tecno—Offset Diseños*

www.elsecretosumergido.com.ar

© 2011 *CRISTIAN PERFUMO*

Primera edición: febrero 2011

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra,
en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico
o mecánico, sin el permiso previo y escrito del autor.

HECHO EN ARGENTINA. MADE IN ARGENTINA

A Mónica y a Norberto

Los hechos y personajes del siglo XVIII que describo en esta obra son reales (en el noventa por ciento de los casos).

Los de la década del 80, en cambio, son producto de mi imaginación (a excepción de los que no lo son).

Cristian Perfumo

I. LA CORBETA SWIFT

1

La primera vez que Marcelo Rosales oyó hablar de la corbeta Swift no sabía que por ella había muerto gente, ni que aún quedaba alguien más por morir. Tampoco se sentía la nariz.

—Buenos días, alumnos —dijo el profesor Garecca.

Todavía estaba oscuro cuando Marcelo y el resto de los estudiantes de quinto año, el último de la secundaria, se enfrentaron a la primera clase después de las vacaciones de invierno. Aquel lunes de julio se anunciaba uno de los días más fríos de 1981 en plena Patagonia argentina.

—Espero que hayan tenido un buen receso y se encuentren con todas las energías para comenzar esta segunda mitad del ciclo lectivo.

Más que energías, Marcelo tenía sueño. Los quince minutos de viento helado durante el trayecto de su casa al colegio lograban congelarle la cara, pero no despertarlo.

—Durante el resto del curso estudiaremos funciones cuadráticas, cúbicas y exponenciales.

Pero todos, Garecca incluido, sabían que no empezarían hablando de matemáticas. Bastaba una mínima distracción.

—Durante las vacaciones —dijo un chico sentado contra las ventanas empañadas— estuve en el campo de mi abuelo. Me contó que en los sesenta desapare-

ció una familia completa en la casa donde hoy viven los Lozada. Me dijo que el matrimonio y las tres hijas están enterrados en el patio. ¿Es verdad, profesor?

Garecca era una enciclopedia de las leyendas del pueblo, y no había mito en Puerto Deseado que se le resistiera. Parecía disfrutar mucho más hablando de casas embrujadas que de logaritmos. Y sus alumnos —especialmente Marcelo—, más aún.

—Está *comprobadísimo* —dijo, devolviendo la tiza que acababa de agarrar— que eso no es más que uno de los tantos mitos que circulan por este pueblo. Yo, de hecho, estuve interesado en comprar esa casa hace muchos años. Al final no cerramos la operación, pero conozco la historia a la perfección.

—Los Dietrich —prosiguió— vendieron todo antes de mudarse al norte en el año sesenta y cuatro. La casa la compró el finado Leonardo Belizán, un prestamista que nunca la habitó ni quiso alquilarla. Alguien de los muchos que no le tenían simpatía hizo correr el rumor de que Belizán tenía sus motivos para dejarla vacía. A partir de ahí la leyenda se fue transformando hasta generar cinco muertos enterrados en un jardín. No hace falta que yo les explique cómo mutan los rumores en este pueblo, ¿verdad?

El profesor hizo una pausa para recuperar el aliento.

—La casa pasó por dos dueños más hasta que a fines de los setenta la compró Don Lozada. Fin de la historia. Nada de cementerios en el patio.

—Pero eso es siempre igual —intervino la única alumna con la cara maquillada—, en este pueblo se in-

ventan todo. Supuestamente, a mí cada dos por tres me encuentran besándome en algún rincón con fulanito o menganito. Lo más divertido es que nadie da la cara y dice “yo la vi”, sino que todos escucharon la historia contada por otra persona.

Un murmullo inundó el aula.

—Mariela tiene razón —dijo Pedro Ramírez desde el fondo, sin atreverse a levantar la vista—. En este pueblo siempre tenemos alguien o algo de qué hablar. El otro día, por ejemplo, estábamos en un asado y mi tío, a la cuarta copa de vino, empezó a hablar de un barco que traía un tesoro y naufragó por una tormenta cerca de Deseado y no sé que otros delirios más. Por suerte, ya lo conocemos. Mi mamá dice que lo hace para llamar la atención.

Fue así, de casualidad, como Marcelo Rosales oyó hablar de la Swift por primera vez, sin saber siquiera su nombre. O si era solo un rumor.

2

La casa de Marcos Olivera era la única en todo el pueblo que tenía un mástil en el patio. En lo alto, hecha pedazos por años de viento, ondeaba una bandera argentina.

—Buenas tardes, ¿don Olivera? —preguntó Marcelo a la figura fornida que le abrió la puerta.

El hombre asintió mientras se ponía unos anteojos que llevaba en el bolsillo de la camisa. Cuando pareció tener una imagen nítida, arqueó las cejas y se acarició una barba blanca prolijamente recortada. La mirada perdida daba la sensación de que estuviera intentando encontrar algo en su memoria. Tras unos instantes, no sin cierta duda, le preguntó.

—¿Vos no sos hijo de Diego Rosales?

A Marcelo la pregunta le cayó como un bloque de cemento en el estómago. Era lo último que se esperaba. Trató de disimular la incomodidad con una sonrisa y respondió afirmativamente con un gesto educado.

—¡Sos igualito a tu papá! Yo hice el servicio militar con él. En la cuadra teníamos las camas casi al lado. Además, éramos compañeros de imaginaria.

—Ah, no sabía. No hablo mucho de estas cosas con mi padre.

En realidad no hablaba de eso ni de nada con él desde hacía más de dos años. El último contacto no lo habían tenido en una fecha cualquiera, pero de haberlo sido, Marcelo recordaría aquel día y aquel padre con el

mismo odio.

—Es que de esto hace mil años —respondió el viejo restándole importancia—. La verdad es que ni siquiera recuerdo la última vez que nos vimos. Puede que haya sido en el servicio militar, realmente salgo muy poco por el pueblo.

La probabilidad de que dos personas de las dos mil quinientas que vivían en Puerto Deseado pasaran mucho tiempo sin verse era remota. Tarde o temprano todos se terminaban cruzando con todos. En el supermercado, en el banco, en el correo, en misa o en algún entierro. Era cuestión de tiempo hasta toparse cara a cara con cualquiera. Sin embargo, don Olivera era una de las pocas excepciones. Se había pasado casi toda su vida navegando, y cuando estaba en el pueblo prefería descansar en casa y disfrutar de la compañía de su familia.

—Me llamo Marcelo.

—Marcelo, ¿qué te trae por mi casa?

—Esta mañana en el colegio, un compañero habló de un barco hundido en Deseado, y el profesor Garecca dijo que él también había oído esa historia. Cuando terminó la clase, le pregunté qué más sabía, y me mandó a hablar con usted.

El viejo sonrió y lo invitó a pasar.

—Esperame un momento. Sentate si querés —dijo señalando un sofá de cuero negro—. Voy al cuartito del fondo a ver si encuentro algo que creo que te puede interesar.

Las paredes del salón estaban repletas de cuadros. En tres de ellas no había orden aparente en la

mezcla de óleos de pájaros, acuarelas de paisajes y antiquísimos retratos de personas, quizás antepasados. La cuarta, que era lo primero que se veía al entrar a la casa, era diferente. La recorría una chimenea de piedra que ayudaba a olvidarse del frío que hacía afuera.

Sobre el tiraje había cinco cuadros como los cinco puntos en la cara de un dado. Los de las esquinas eran nudos marineros hechos de sogas y enmarcados sobre un terciopelo azul. En el centro, un Olivera al menos veinte años más joven posaba en blanco y negro junto a una bella mujer morena frente al glaciar Perito Moreno.

—Esa pared —dijo Olivera mientras dejaba sobre una pequeña mesa una caja polvorienta— representa mi vida entera. Los nudos que tuve que hacer millones de veces durante mi carrera como marino y en el centro mi mujer, el único motivo para desear volver a tierra firme cuando estaba embarcado. De eso ya no queda nada, ahora estoy jubilado y viudo.

—¿Y no tiene hijos? —preguntó Marcelo arrepintiéndose al instante. Si los tuviera, estarían en la foto del centro.

—Es lo único que nos faltó a Margarita y a mí para que la felicidad fuera completa —dijo el viejo ofreciendo una sonrisa rendida—. Pero bueno, de vez en cuando algún compañero me visita y nos pasamos largas horas recordando viejas historias de altamar. ¿Un amargo? —ofreció, dándole un mate de metal que tenía pintada una bandera argentina de colores mucho más vivos que la que flameaba en el patio.

—De la Swift —continuó el hombre— casi nunca

hablo con nadie. No porque yo no quiera, sino porque no suele salir el tema. Muy poca gente cree en la historia.

—¿Y usted cree?

—Eso es lo que menos importa —dijo indicándole con la cabeza que se acercara a examinar la caja.

—Como verás —continuó, tras quitarle con la mano el polvo de la tapa— esto está guardado hace mucho. Al recibirlo pasé varios meses escuchando el relato e imaginando cómo habrían sido las cosas en aquel momento. Después decidí guardar la caja hasta que alguien se interesara por el tema. Si no, tenía pensado donarla a la biblioteca cuando fuera un poco más viejo.

—¿Escuchar el relato? —preguntó Marcelo devolviéndole el mate.

—Te enterarás en un segundo. Pero antes de empezar ¿por qué te interesa la historia?

—Soy buzo —dijo Marcelo sin dejar de mirar la caja— y si hay un barco hundido en la ría y sabemos dónde está, podríamos hacer algunas inmersiones para intentar encontrarlo.

—Ojalá fuera tan fácil —suspiró el viejo, abriendo la caja.

Dentro había una antigua grabadora del tamaño de una máquina de escribir. Uno de los carretes de la cinta tenía una etiqueta blanca con la palabra *AUSTRALIANO*.

—¿Y esto qué tiene que ver con el barco?

—Una de las pocas desventajas de ser joven es la falta de paciencia —dijo Olivera y desenrolló lentamente el cable del aparato, conectándolo a un enchufe en

un rincón de la habitación.

Cuando los carretes comenzaron a girar, se oyó un leve zumbido y luego una voz femenina dijo:

—*Informe de la pérdida del barco de guerra de Su Majestad, Swift, en una carta a un amigo.*

En el momento en que el corazón de Marcelo comenzaba a galopar de la emoción, Olivera pausó el aparato presionando un botón.

—¿Es éste el barco al que te referís?

—Supongo que sí —titubeó Marcelo. Y aunque no lo fuera le daba igual. Quería escuchar lo que seguía.

El ex marino reanudó la reproducción con el mismo botón.

—*Querido señor, habiéndole mencionado frecuentemente algunas circunstancias sobre la pérdida del barco de guerra Swift en las costas de la Patagonia...*

La voz de mujer comenzó a narrar la aventura vivida por noventa y un hombres británicos cuyo barco se hundió el martes trece de marzo de 1770 en las costas de Puerto Deseado. El relato estaba en primera persona y lo redactaba Erasmus Gower, teniente de la Marina Real Británica a bordo de la corbeta de guerra Swift.

La Swift había partido de Puerto Egmont, el único apostadero británico en las islas Malvinas en aquel entonces, con el objetivo de explorar el litoral de la desierta Patagonia. Pero seis días después de zarpar, una gran tormenta agotó las fuerzas de la tripulación, forzándolos a parar en *Port Desire*, para recuperar energías y secarse las ropas.

Port Desire era como el corsario británico Tho-

mas Cavendish había rebautizado —en homenaje a su nave, el *Desire*— al estuario de la costa patagónica que Magallanes llamó Bahía de los trabajos, tras tener que recalar en él para reparar sus naves. Figuraba en todas las cartas náuticas, sí, pero en 1770, cuando la Swift se adentraba en él por primera vez, faltaban veinte años para que los españoles construyeran un fuerte y una planta de aceite de ballena que no sobreviviría más de dos décadas. Ni hablar del pueblo en el que vivía ahora Marcelo: Puerto Deseado se fundaría ciento catorce años más tarde y heredaría, deformado, el nombre de la nave de un pirata. Los hombres de la Swift se encontraban aquella mañana con una costa tan desierta como el resto de la Patagonia.

Al entrar en la ría, el barco encalló en una roca no cartografiada. Tras deshacerse de todo lo que los lastraba, incluyendo gran parte del agua potable, lograron liberarse. Pero la alegría duró solo unos minutos: el viento desplazó la embarcación hasta golpearla contra una segunda roca. Y esta vez fue fatal, para la nave y tres de sus tripulantes.

A las seis de la tarde de aquel martes trece de marzo, la corbeta Swift, armada con catorce cañones y doce pedreros, se hundía en el fondo de lo que Marcelo y todos los habitantes del pueblo conocían como la Ría Deseado.

3

Lo más desesperante de la situación, según relataba el teniente Gower en la voz de aquella mujer, era que al zarpar no habían dado un parte detallado del itinerario planeado al capitán de la *Favourite*. Eso significaba que la única otra embarcación británica en Malvinas no sabía cuándo ni dónde empezar a buscarlos. Dicho de otra manera, dependían solo de ellos mismos y su suerte en uno de los rincones más áridos y hostiles del planeta.

Para procurar un refugio a la tripulación en aquella tierra sin árboles ni gente, se ordenó que algunos de los marinos nadasen hacia los mástiles, todavía visibles después del hundimiento, para recuperar parte de las velas e intentar construir toldos con ellas.

Pero eso resolvía solo una parte del problema. Gower describía las peripecias del día a día en la Patagonia mientras se decidían entre intentar ir por tierra a Buenos Aires o volver con uno de los pequeños botes a Malvinas: las ratas diezmaban las pocas provisiones que habían podido salvar, los animales que intentaban cazar se volvían más huidizos y el invierno se cernía sobre ellos, amenazando con congelarles la vida.

Cuando se les acabó la munición, usaron piedras para disparar con sus mosquetes a los pocos lobos marinos y cormoranes que se les ponían a tiro. Pronto, también se quedaron sin agua potable, y el único pozo que fueron capaces de encontrar solo les proporciona-

ba un líquido turbio y podrido.

Finalmente, los carpinteros reforzaron una de las chalupas, un pequeño bote de siete metros de largo por dos de ancho, para enviar siete personas en un viaje suicida a las islas Malvinas, a casi seiscientos kilómetros. Pero la noche del día que zarparon, se desató una tormenta lo suficientemente fuerte para robar toda esperanza a los ochenta y un hombres que se habían quedado en tierra.

Bastaron unos pocos días para que se terminaran de convencer de que el milagro no sucedería, y decidieron que el mismo Gower y otros cuatro hombres bordearían la costa hasta Buenos Aires para intentar pedir auxilio. Pero la mañana en que se preparaban para partir, aparecieron las velas de la *Favourite* en el horizonte. Los siete hombres que creían muertos habían logrado llegar a las Malvinas con poco más que una brújula.

Veintiocho días después del naufragio, la tripulación de la corbeta *Swift* iniciaba el retorno a Puerto Egmont, sana y salva.

Todos excepto los tres que se habían hundido con la nave, y de los cuales solo habían podido enterrar a uno cuando el agua llevó su cuerpo hasta la orilla. El cocinero.

Un mes y medio después de volver a Malvinas, una fragata española entró a Puerto Egmont para pedir agua. Tres días más tarde se le unieron otras cuatro: habían llegado para expulsarlos, reclamando las islas como parte del Reino de España. Tras forzarlos a esperar casi un mes, los españoles obligaron a todos los británicos en la fortificación —es decir a la tripulación de

la Swift y la Favourite— a retornar a Inglaterra, donde arribaron luego de sesenta y ocho días de navegación.

Dicho esto, la voz de la mujer anunció el fin del relato.

—Hay algo que no me queda nada claro —dijo Marcelo mientras daba involuntarios golpecitos al suelo con su pie izquierdo—. Estamos hablando de un naufragio hace más de doscientos años de un buque inglés. ¿Cómo puede ser que exista una cinta con una grabación? ¿Y cómo puede ser que esté en castellano?

—¿Y cómo puede ser que hagas estas preguntas? —bromeó Olivera—. Hablando en serio, yo creo que alguien que tenía en su poder una copia del relato original, en inglés, lo tradujo a nuestro idioma. Esa misma persona, o quizás otra posteriormente, grabó la traducción en esta cinta. Esa es mi teoría.

—¿Su teoría? ¿Me está diciendo que desconoce la procedencia de esta cinta?

—Sé de dónde viene. Lo que no sé es quién la grabó.

No hizo falta que Marcelo le dijera que no estaba entendiendo nada.

—Hace unos dos años, el director de la radio LRI 200 vino a mi casa con esta grabadora. Fuimos juntos al colegio y sabe que colecciono todo lo que tenga que ver con el mar. Me dijo que la habían encontrado haciendo una limpieza del archivo y me la regaló.

—¿Y esa etiqueta? —preguntó Marcelo señalando la palabra *AUSTRALIANO*.

—Lo mismo le pregunté yo al director. Según él, es probable que corresponda con lo que estaba grabado

antes del relato. Me dijo que es muy común reutilizar estas cintas para abaratar costos. Además, Australia no se conocía como tal en 1770.

—A mí la voz —dijo Marcelo— me resulta muy familiar. No sé dónde, pero estoy casi seguro de haberla oído antes.

—Eso sería una gran ventaja. Si dieras con quien sea que grabó esto, podrías preguntarle de dónde lo sacó y determinar si es una crónica verdadera o no.

Marcelo se quedó callado, la mirada clavada en la cinta. ¿Podía haber un barco hundido en el fondo de la ría en la que había buceado tantas veces? ¿O se trataba de una versión más elaborada de otro de los tantos rumores falsos?

—Me encantaría quedarme charlando —dijo Olivera— pero tengo que estar en media hora en el médico. A mi edad uno se pasa la mitad del tiempo entre consultorios y farmacias. Si te interesa, podés venir cuando quieras y copiarla en papel ¿Mañana a la misma hora, por ejemplo?

—Genial.

Durante los siguientes tres días, Marcelo fue religiosamente a la casa del viejo a las tres de la tarde. Mientras él transcribía el relato, Olivera resolvía crucigramas a una velocidad de casi una revista al día.

Cada uno se dedicaba a lo suyo en silencio junto a dos pequeños vasos de anís. Bebían el licor lentamente con la intermitente voz de la cinta de fondo.

Cuando llegaba la hora de despedirse, el hombre enjugaba los vasos y los guardaba junto a la botella de anís y la grabadora en el gran aparador de algarrobo del comedor hasta el día siguiente.

El jueves, Olivera acompañó a Marcelo hasta la puerta. Los tres días anteriores lo había despedido en su sillón junto al fuego.

—¿Ves este adoquín? —preguntó, tocando con la punta del pie el empedrado que bordeaba la casa.

Marcelo asintió. La piedra era completamente igual a todas sus vecinas.

—Debajo del décimo a partir de éste hay una copia de la llave de la casa —dijo el viejo señalando otro adoquín dos metros hacia la derecha—. Si algún día tengo que ir al médico y querés venir a escuchar el relato, te doy mi autorización.

Marcelo miró la piedra gris incrustada en el suelo. Apenas se notaba más floja que el resto. Se preguntó qué posibilidades tenía un acto de confianza como aquel en una ciudad grande. No pensaba en cualquier ciudad. Pensaba en Bahía Blanca.

—Gracias, aunque no creo que sea necesario. Ya no me queda mucho. De hecho quizás lo termine de transcribir mañana y ya no lo molesto más.

—Para mí no es una molestia, al contrario. ¿Te vas a acordar que son diez los que tenés que contar?

—Claro, como el número de Maradona.

—No, como Kempes —dijo el viejo guiñándole un ojo—. El día que ese Maradona gane más torneos que El Matador, entonces recién ahí se merecerá que rebautice el adoquín.

Marcelo rió y comenzó a caminar hacia su casa. Eso de contar diez adoquines era demasiado sofisticado. Todos en Puerto Deseado tenían un escondite para las llaves, pero nadie se tomaba la molestia de levantar un empedrado. En general las guardaban debajo de una piedra suelta o dentro de un tronco hueco. Además, ¿qué sentido tenía esconderlas si al fin y al cabo la gente terminaba dejando la puerta abierta casi siempre? *Animales de costumbres*, pensó, y apuró el paso para combatir el frío.

4

—Lo más importante debajo del agua es respirar, Cabeza.

Así había empezado la primera clase de submarinismo de Marcelo Rosales, cuando todavía no había cumplido dieciséis años. Ni él ni Claudio Etinsky, su instructor, podrían haberse imaginado entonces que esas primeras palabras determinarían el sobrenombre de Marcelo para el resto de una relación que, poco a poco, se convertiría en amistad. Era febrero y el agua estaba a catorce gloriosos grados.

Ahora, más de dos años y medio después, Marcelo flotaba en la superficie tras su inmersión número ciento cuatro. Junto a él, Claudio nadaba de espaldas con la máscara todavía sobre los ojos.

—La peor visibilidad en mucho tiempo —dijo Marcelo, poniéndosele a la par.

—Malísima. En un momento estiré el brazo y no me veía la mano. Se supone que en invierno se tiene que ver mejor, si no para qué nos exponemos a una hipotermia metiéndonos en agua a... cinco. No, cinco y medio —dijo mirando el termómetro que llevaba junto a la brújula en su muñeca izquierda.

Claudio Etinsky tenía treinta años y había buceado por primera vez a los trece. Su padre era un pionero del buceo en la Argentina, y había entrenado al primer cuerpo forense de la Policía Federal especializado en investigaciones submarinas. En ese entonces, los Etin-

sky vivían en Bahía Blanca, *una ciudad con todas las letras*, como la llamaba Claudio cuando se quejaba de que Deseado era pequeño y aburrido.

Claudio y Marcelo buceaban juntos al menos una vez cada fin de semana. Al principio Marcelo le pagaba por las clases, pero con el tiempo las salidas se convirtieron en una actividad entre amigos.

—Menos mal que no vino Ariel —dijo Marcelo mientras se subía a la Piñata, que era como llamaban al bote de Claudio.

—Cuando le contemos se va a poner contento de haberse resfriado.

Ariel era la única otra persona del pueblo interesada en el buceo con menos de sesenta años de edad. Tenía diecisiete e iba al mismo colegio que Marcelo, solo que un curso por debajo de él. Había empezado a bucear ocho meses atrás, también como alumno de Claudio, y desde hacía cuatro no se perdía una sola inmersión con él y Marcelo los fines de semana. Pero ese día estaba resfriado.

Los resfríos eran uno de los mayores enemigos de un buzo. Impedían compensar la presión en los oídos al descender, causando un agudo dolor y, en casos extremos, lesiones graves en los tímpanos.

Una vez sobre la Piñata y ya sin la máscara, aletas, chaleco, botella de aire y cinturón de plomo, Marcelo comenzó a recoger el ancla. Claudio, también desprovisto de su equipo, tiraba de una cuerda para intentar arrancar el motor fuera de borda, mientras intentaba que las olas no le hicieran perder el equilibrio.

Cuando llegaron al club náutico, de donde habían

salido una hora atrás, Ariel los esperaba en la orilla. Su cuerpo, más flaco aún que el de Marcelo, estaba enfundado en una gruesa chaqueta y una bufanda roja le envolvía el delgado cuello. Aunque su pelo rubio, lacio y extremadamente fino hacía que, visto desde atrás, pareciera una mujer, la boca enorme y su voz gruesa rompían rápidamente el espejismo.

—¿Qué tal anduvo? —les preguntó, con palabras más nasales de lo normal.

—Un desastre —dijo Claudio.

—¿Es para tanto o es éste que se queja como siempre? —le preguntó a Marcelo, mostrando un diente partido al sonreír.

—Un desastre —ratificó Marcelo—. Mucho viento, y no se veía nada. A ver si la semana que viene hay más suerte. Che, ¿qué hacen esta tarde? ¿Tomamos unos mates en casa o tienen otro plan? Tengo algo para mostrarles.

—Yo no tengo nada que hacer —dijo Ariel—, pero para mí mejor un té con miel.

—Yo no sé, Cabeza —dijo Claudio—. La verdad es que preferiría ir al cine, o al zoológico, o meterme al agua y secarme al sol con este tiempo tan agradable.

Marcelo y Ariel ignoraron la ironía y comenzaron a caminar hacia el coche de Claudio, estacionado a solo unos metros de la orilla. Los dos, como buenos patagónicos, sujetaron las puertas al abrirlas, para que el viento no las embolsara. A Claudio, sin embargo, una ráfaga lo sorprendió desprevenido, arrancándole la suya de las manos y abriéndola bruscamente de par en par.

El Renault 12 modelo 1972 que Claudio llamaba el Coloradito estaba impecable tanto por fuera como por dentro. La única modificación desde que había salido de la fábrica era la bola de acero en el paragolpes trasero que le permitía remolcar a la Piñata, un bote inflable de la marca Zodiac.

—¿No cerraste con llave? —preguntó Claudio cuando Marcelo abrió la puerta de su casa con un simple giro del picaporte.

—Claudio, estamos en Puerto Deseado, no en Bahía Blanca. Acá somos pocos y nos conocemos mucho.

La casa de Marcelo no se parecía en nada al resto de las de su pueblo, en general de chapa y con piso de madera. La de él era de ladrillo y, aunque solo tenía una planta, había sido erigida sobre una enorme roca que la ponía a la altura de un cuarto piso.

En el centro del comedor había una mesa de madera y seis sillas, aunque solo una se usaba regularmente. En un rincón, junto a una estufa y la caja para la leña, una enorme mecedora de mimbre miraba directamente a la ventana del comedor. A través de ella se veía el agua azul de la ría en la que acababan de bucear.

Muy pocos en Puerto Deseado tenían el privilegio de disfrutar de aquellas maravillosas vistas cada día, pues la zona residencial del pueblo estaba inexplicablemente alejada de la costa.

La pared opuesta a la ventana estaba pintada de verde pistacho, el color favorito de Marcelo, y colgados

en ella había dos mapas. El más pequeño, de medio metro de largo, era un planisferio sobre el que Marcelo había dibujado el itinerario del viaje que algún día haría alrededor del mundo. El otro era una enorme carta náutica de la Ría Deseado, el estuario sobre cuya margen norte se ubicaba el pueblo.

—¿Qué era lo que nos querías mostrar, Marcelo? —preguntó Ariel, apresurándose a adueñarse de la medcedora.

—Supongamos que encontráramos un barco hundido —dijo Marcelo mientras echaba leña a la estufa—, ¿qué equipo se necesitaría para reflotarlo?

—Algunos globos —respondió Claudio sin dudar.

—Para reflotarlo, no para festejarle el cumpleaños.

Los tres soltaron una carcajada y a continuación Claudio Etinsky contó una de las historias de su buzo favorito: Claudio Etinsky padre.

—Cuando vivíamos en Bahía Blanca, a mi viejo una vez lo contrataron para reflotar una lancha de aluminio de un pescador hundida en una tormenta. Yo insistí en acompañarlo y al final me dejó formar parte del equipo. Todo lo que tuvimos que hacer al bajar fue atarle varios globos e inflarlos para que empezara a subir lentamente. Técnicamente se llaman globos reflotadores y te puedo asegurar que teniendo la cantidad adecuada se puede hacer subir hasta el Titanic. ¿A qué viene la pregunta? ¿Algún tesoro escondido? Me vendría bien, necesito cambiarle el escape al Coloradito.

Marcelo negó con la cabeza al tiempo que sonreía. Lo que más admiraba de Claudio era su simpleza. Nun-

ca usaba palabras difíciles cuando había una sencilla disponible. Dejaba los tecnicismos para situaciones en los que eran completamente imprescindibles. Eso, a los ojos de Marcelo, lo convertía aún en más grande.

Mientras preparaba mate y un té para Ariel, puso a sus amigos al corriente de lo que había averiguado en casa de don Olivera.

—Hay algo que no me queda claro —dijo Claudio tras escucharlo—. El viejo te hace escuchar un relato grabado en cinta sobre un barco hundido en Deseado hace más de doscientos años.

—Exacto.

—¿Y vos te lo creés?

—No es que me lo crea. Es que me parece una historia demasiado interesante como para ignorarla.

—Entre los tres tendremos unas... setecientas inmersiones en la ría, ¿no te parece que lo tendríamos que haber visto?

—Claudio, la ría es inmensa y la descripción de la ubicación es vaga. Cientos de puntos podrían coincidir con el que se describe en el relato. Dicen que chocaron contra una roca luego de entrar a la ría. Hay un montón de rocas que hundirían un barco. La de los mejillones, por ejemplo, o la roca del diablo. Seguro que hay muchas más que ni siquiera conocemos.

Sus dos amigos miraban la ría por la ventana.

—Además —continuó Marcelo— puede ser que esté enterrado. No hace falta que te explique cómo se mueve el sedimento con cada subida y bajada de la marea. ¿O sí?

—Si se hundió hace doscientos años no se puede

reflotar, Cabeza. La madera estará completamente podrida, a lo sumo se podrían rescatar algunos objetos metálicos, por ejemplo los cañones.

—¿Y no te parece desafío suficiente? —intervino Ariel tras dar un ruidoso sorbo a su té— Reflotar cañones que vieron la luz por última vez hace más de dos siglos. No me digas que no sería una de las inmersiones más interesantes de tu vida.

—Pero ¿por dónde empezaríamos? —dijo Claudio tras un breve silencio.

Marcelo sonrió: los tres empezaban a hablar en plural. Fue corriendo a su habitación.

—Leyendo esto —dijo al volver, y puso sobre la mesa el borrador de la transcripción de la cinta—. Me falta pasarla en limpio, pero se deja leer.

Treinta minutos más tarde se habían terminado la primera tanda de mate y Ariel iba por el segundo té. Tanto él como Claudio acababan de leer por primera vez la transcripción y ninguno de los dos daba crédito a aquel relato surrealista.

—¿Y esto es verdad? —preguntó Ariel tras volver de la cocina con más agua caliente.

—No lo sé. Es casi imposible demostrar que es mentira, así que la única opción que tenemos es buscarla. Si la encontramos es porque es verdad.

—¿Y si no? —preguntó Claudio.

—Y si no lo único que podemos afirmar es que no la encontramos. Pero eso no probará que es mentira.

Los tres se quedaron en silencio, arrebatándose el uno al otro la copia del relato para corroborar algún detalle. Finalmente, Marcelo comenzó a hablar.

—Erasmus Gower —dijo como si estuviera exponiendo un caso de asesinato— era teniente de navío de la corbeta Swift en el momento del hundimiento. En su relato describe que parten de Puerto Egmont, en Malvinas, el día 7 de marzo de 1770. Según explica, la idea del viaje era explorar y descubrir las costas de lo que ellos llamaban “el continente Patagonia”. El día martes 13 de marzo, después de una gran tormenta, buscan refugio en Port Desire, es decir, Puerto Deseado, que ya en esa época era conocido por los navegantes como un buen puerto natural al reparo de las tempestades de altamar. El problema fue que se toparon con una roca no cartografiada y el barco se dañó. Tras muchas horas de trabajo intentando quitar el agua y rescatar la nave, sobrevino el hundimiento.

—Según esto —dijo Ariel— el barco no se dañó ni hundió al chocar con la primera roca. Es decir, quedaron encallados pero el casco no sufrió ninguna avería. De hecho al subir la marea la corbeta quedó liberada. El problema es que la corriente los arrastró hasta una segunda roca, esta sí la responsable del hundimiento. Nosotros buscaríamos la segunda, que es la que mandó el barco a pique.

—Si existe el barco —acotó Claudio.

—Si existe —respondió Marcelo restándole importancia—. Y lo que sabemos es que cuando encalló, la roca estaba a cuatro metros, pero en la popa la profundidad era de dieciséis. Teniendo en cuenta que se

hundió deslizándose hacia atrás, el pecio debe estar a unos dieciocho metros, con marea alta.

—¿El qué? —preguntó Ariel.

—Pecio, animalito de Dios —dijo Claudio dándole una suave palmada en la cabeza—, es como se le llama a un barco hundido.

—Dicho en criollo, la corbeta —retomó Marcelo—. Gower dice que cuando bajaba la marea podían ver los mástiles. De hecho, agarrándose de éstos, algunos marinos bucearon para recuperar algunos objetos. ¿Se imaginan lo que debe haber sido eso? Sin ningún equipo, ni siquiera protección térmica, los tipos se sumergieron en un agua que en esa época del año está a trece grados. Sin máscara, la visibilidad es nula.

—Ese me parece un punto muy interesante del relato —dijo Ariel—. Gower describe que los tripulantes apenas tenían comida, que estaban débiles, que las ratas se estaban comiendo sus reservas. Sin embargo los envían a bucear, con el agotamiento que eso produce.

—Bueno —dijo Claudio—, pero la grabación también dice claramente que los tipos lo hicieron para recuperar las velas y utilizarlas como carpas y ropaje.

—Otro dato curioso —expuso Marcelo— es que no avisaran a la Favourite, la otra nave apostada en Malvinas, hacia dónde se dirigían. En esa época no había radio ni ninguna manera de comunicación que no fuera el acuerdo, previo a zarpar, de los lugares donde podrían encontrarse esperando rescate en caso de que algo fuera mal.

Continuaron discutiendo la narración por más de dos horas. Habían descolgado el gran mapa de la ría de

la pared y sobre él imaginaban los posibles derroteros que podría haber tomado la Swift.

—Según el relato —dijo Marcelo—, las coordenadas del hundimiento son cuarenta y siete grados cuarenta y siete minutos latitud sur y sesenta y seis grados diez minutos longitud oeste.

—Eso es aproximadamente por acá —Ariel se apresuró a señalar en el mapa.

Su dedo estaba sobre un punto en el mapa tierra adentro, a unos tres kilómetros de la costa más cercana.

—¿Se dan cuenta? Esos datos son lo mismo que la nada para nosotros —dijo Claudio.

—Pero ¿por qué? —preguntó Marcelo.

—En primer lugar, no son para nada precisos porque Gower solo menciona grados y minutos, pero no segundos. Esa omisión significa que la búsqueda la tendríamos que llevar a cabo en un área de dos kilómetros cuadrados.

—Pero eso no es tanto —dijo Ariel.

—¿No viste dónde tenés el dedo? —retrucó Claudio— En la época de este barco no existían los medios para determinar la posición exacta, sobre todo la longitud. El error puede ser de más de diez kilómetros.

Las coordenadas de Gower no les servirían para reducir el espacio de búsqueda. Se enfrentaban a tener que explorar toda la ría y la única forma de acotar ese radio era estudiando cuidadosamente las descripciones de los accidentes geográficos de los que daba cuenta el relato e identificar posibles lugares.

—Mañana voy de nuevo a la casa de Olivera para

darle la última repasada a la cinta —dijo Marcelo—. Luego voy a pasar el relato en limpio por triplicado con papel carbónico. Así cada uno puede tener una copia y estudiarla a fondo.

Sus compañeros asintieron sin levantar la cabeza del mapa. Ariel seguía con el dedo en las coordenadas inútiles de Gower.

—Además —agregó Marcelo— alguien tiene que encargarse de extraer los datos concretos. Medidas, profundidades, distancias, tiempos, todo aquello que podamos expresar con números. Así nos será más fácil hacernos una ficha técnica y no tener que buscar toda esta información una y otra vez en el relato.

—Yo me encargo —dijo Claudio—. En cuanto me des una copia, lo hago.

—Considerando tu letra de médico, hazlo a máquina o intentá recordar algo de las clases de caligrafía de cuando ibas al colegio. ¿Existía la caligrafía en aquella época? —sonrió Ariel, mostrando su diente partido.

Claudio le dio un puñetazo en el hombro y prometió una letra decente. A la una de la tarde dieron por concluida la primera reunión.

—Una última cosa, chicos —dijo Claudio—. Ya todos sabemos cómo corren los rumores en el pueblo. Si este barco no existe, o no podemos encontrarlo...

—No hace falta pensar en eso ahora, Claudio —dijo Marcelo.

—Yo trabajo de esto, Cabeza, y necesito que se me respete como buzo.

Claudio se ganaba la vida en el puerto. Era el único capaz de soldar o limpiar el casco de un pesquero

debajo del agua, o liberar algo enredado en las enormes hélices de un mercante.

—Mantengamos esto en secreto —continuó— y si algún día encontramos algo, entonces lo damos a conocer con bombos y platillos.

Claudio tenía razón, pensó Marcelo. Quien más quien menos, todos en Puerto Deseado habían sufrido alguna vez un dolor de cabeza causado por los rumores, ciertos o no. Mantener aquello en silencio era mantenerse a salvo de las lenguas afiladas.

5

Finalmente sus amigos se fueron. La transcripción manuscrita del relato descansaba sobre la mesa y junto a ella, el mapa de la ría. Marcelo lo devolvió a su sitio en la pared del comedor y, una vez colgado, limpió con el puño de su pulóver la huella digital de Ariel. Luego se sentó en la mecedora de mimbre. Era su lugar favorito en la casa. Desde allí contempló por un largo rato la verdadera ría, enmarcada en la ventana del comedor y tras ella la meseta que solo acaba en el horizonte.

Con solo dieciocho años, Marcelo no solo era dueño de aquella residencia sino también de una pequeña casita no muy lejos de ahí. La alquilaba a un matrimonio de maestros de escuela primaria y con el dinero del alquiler hacía llegar a fin de mes su austera vida de estudiante.

Para cualquiera de sus compañeros de colegio aquello habría sido un sueño. Sin embargo, nadie le envidiaba ni por un segundo la manera en que había terminado siendo el único propietario de esas dos casas a los dieciocho años. El pueblo no olvidaría nunca que tan solo tres años atrás, en la casa de la roca vivía el matrimonio Rosales con su hijo flaco y de ojos azules. Tampoco se cansarían de especular, aunque jamás cuando él estuviera presente, cuánto debía haber sufrido el pobre Marcelito con la muerte de su madre y lo que pasó después con su padre.

Era por eso que tenía que encontrar la corbeta. Quería empezar ese mismo día. Necesitaba demostrarse que podía ponerse metas importantes y alcanzarlas. Que lo sucedido dos años atrás lo había dejado solo, sí, pero no desprovisto de sueños ni de la fuerza necesaria para hacerlos realidad. Si lograba convencerse a sí mismo, lo que dijera el resto ya no importaría.

Se dirigió a su habitación y abrió el tercer cajón de la cómoda. Sobre una pila de ropas que ya no usaba había un cuaderno de tapas de cuero marrón con su nombre grabado en relieve. Los hilos dorados que le cruzaban el lomo le daban un aspecto de libro sin título y las hojas blancas y sin renglones invitaban a llenarlas de letras. La única página escrita era la primera. La leyó por segunda vez en dos años.

Marcelito,

Las páginas en blanco son un desafío a la creatividad. Espero que puedas llenar éstas con historias interesantes.

Feliz cumple.

Abu

El cuaderno que Marcelo sostenía en sus manos había sido uno de los dos únicos regalos para su cumpleaños número dieciséis. Tres meses antes de morir, su abuelo se lo había enviado por correo desde Buenos Aires, donde vivía con su tercera esposa desde antes de que Marcelo hubiera nacido.

El segundo regalo no había llegado por correo, aunque tampoco se lo entregaron en persona. Era una

carpeta marrón de parte de su padre. Contenía el golpe más fuerte que se le podía pegar a un hijo.

Dolía. Cada día un poco menos, pero dolía.

Volvió a leer la dedicatoria de su abuelo, concentrándose en el regalo que sí le había causado ilusión. Por aquella época Marcelo estaba fascinado por la idea de ser escritor. De hecho, le habían publicado uno de sus cuentos y se sentía orgulloso. Soñaba con que las palabras que él escribiese fueran leídas por personas que no conocía ni conocería jamás.

Con el tiempo, el buceo se convirtió en una pasión a tiempo completo y fue dejando de escribir sin llegar nunca a estrenar aquel regalo. Nunca hasta aquel día.

Sentado en su cama, escribió en él por primera vez.

Domingo, 26 de julio de 1981

Hace tres días que vengo recolectando información sobre una supuesta corbeta inglesa hundida en las costas de Puerto Deseado en 1770. Hay datos muy claros sobre todos los sucesos previos y posteriores al naufragio gracias a una grabación de procedencia desconocida que me facilitó don Marcos Olivera. La pregunta a responder es si se trata de un relato real o simplemente una creación literaria. Si fuera lo primero, existe cierta posibilidad de encontrar los restos hundidos en algún lugar de la ría. Vamos a bucear con Claudio y Ariel en los puntos que coincidan con

la descripción del relato para dar con el pecio.

Al párrafo introductorio le seguían tres páginas completas con todos los detalles de lo que Marcelo había ido conjeturando a lo largo de aquellos tres días.

6

La semana siguiente transcurrió con normalidad. Marcelo asistía al colegio durante la mañana y luego se dedicaba a atender los quehaceres domésticos, jugar al básquet y estudiar el relato de Gower. Su diario totalizaba quince páginas con bocetos de mapas, frases y conjeturas.

Aunque creía haber copiado el relato fielmente, lo oíría una vez más para corroborar que fuera correcto y que, entre sesión y sesión, no se hubiera olvidado ningún trozo. Al fin y al cabo, le había tomado cuatro visitas a la casa del viejo hasta acabar la cinta. Algo se podría haber traspapelado.

Olivera lo había visitado en su casa para avisarle que recibiría parientes de Comodoro Rivadavia que lo tendrían ocupado hasta el jueves. Se verían el viernes.

Marcelo fue el último de quinto año en abandonar el colegio tras la última clase de la semana. Como todos los días a la misma hora, tenía un hambre voraz. Se dirigía a la casa del marino sin pensar en el relato ni en la corbeta. Solo podía imaginarse los ñoquis que el viejo había prometido amasar. Según sus propias palabras, “ñoquis a la marinera”.

Desde la esquina de la casa del marino pudo ver, como las otras veces, la bandera deshilachada ondeando en el viento patagónico. Al llegar a la verja tuvo una sensación extraña. Algo estaba fuera de lugar, pero no podía precisar de qué se trataba.

Golpeó la puerta pero no oyó la voz pronta del marino indicándole que entrase. Intentó otra vez, y otra vez hubo silencio. Tuvo que bloquear el reflejo del sol con las dos manos para mirar hacia adentro por la ventana baja del comedor. Entonces se dio cuenta. Las cortinas estaban cerradas y no le permitían ver absolutamente nada. Siempre, desde el primer día, habían estado abiertas de par en par.

Todo permanecía en absoluta quietud a excepción de la bandera que luchaba contra el viento. Tanteó el picaporte, no sin cierta duda, y la puerta cedió con un suave empujón.

Soltó un grito.

Olivera estaba sentado en su sillón, frente a la chimenea. La cabeza, inclinada hacia un lado, se apoyaba sobre el respaldo como si durmiera una siesta. Pero no respiraba. Un hilo amarronado le atravesaba la cara, uniendo el orificio en la frente con la mancha de sangre que había cuajado a un lado de la barba blanca.

Había sido un disparo. El agujero de salida, en algún lugar detrás de la cabeza, no se veía, pero la sangre había teñido casi toda la butaca y formaba en el suelo un charco coagulado de color granate. Olía a hierro oxidado.

Aunque no cabía duda, se acercó y le tocó el arrugado cuello con su dedo índice. Estaba frío y rígido. Lo que quedaba de Marcos Olivera tenía la boca y los ojos abiertos, y sobre el regazo yacía boca abajo su inseparable revista de crucigramas.

7

Volvió a mirar la sangre oscura y luego a su alrededor. En un rincón del comedor había una pequeña mesita con un teléfono negro. El número de la policía era el 7777.

Se dirigía hacia el aparato cuando notó un pequeño bulto en la madera del suelo, a unos tres metros del cadáver. Se puso en cuclillas y descubrió, enterrada entre astillas, una bala de color cobrizo. Prefirió no tocarla, porque era lo que había visto en películas y porque un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que ese objeto le había quitado la vida a un hombre.

Se incorporó y marcó el 7777. Un agente escuchó atentamente la historia de Marcelo y le indicó que no abandonara el lugar ni tocara nada. Enviaban un patrullero inmediatamente.

Al colgar el auricular, tuvo un presentimiento que no pudo reprimir. Se acercó con miedo al armario de algarrobo donde el viejo atesoraba el anís. Improvisando un guante con la manga de su guardapolvo abrió una de las pequeñas puertas y se le detuvo el corazón en seco por unos instantes.

Desde aquel primer encuentro en el que Olivera le reveló el contenido de aquella caja polvorienta, el viejo había guardado la grabadora en el armario de los licores.

Al abrir la puertita, Marcelo vio por primera vez el aparato sin la cinta. Revisó el resto de las puertas y

los cajones, e incluso echó una breve mirada en la habitación del viejo. Ni rastro de la cinta.

Olivera nunca la había sacado de la grabadora. Incluso dentro de la caja olvidada durante años, la cinta y el aparato habían sido siempre una sola cosa.

Pensaba en esto cuando la silueta de un hombre corpulento se dibujó en el umbral de la puerta, que había permanecido abierta desde que Marcelo había entrado.

—Buenas tardes, soy el oficial Debarnot, ¿es usted quien llamó por teléfono a la comisaría?

—Sí, soy yo. Lo acabo de encontrar así —respondió Marcelo señalando a Olivera.

—¿Su nombre? —preguntó el policía mientras examinaba el cadáver.

—El mío, Marcelo Rosales. El de él, Marcos Olivera.

—¿Hace cuanto llegó usted a la casa?

—Aproximadamente, unos treinta minutos.

—¿Es usted pariente de la víctima?

—No, simplemente un amigo. Últimamente venía seguido a conversar con Olivera sobre aventuras marinas.

—¿Tiene una copia de la llave?

—No, la puerta estaba abierta. Me pareció raro que las cortinas estuvieran cerradas y entré para ver si todo estaba...

Debarnot no lo dejó terminar. Descolgó de su cinturón una radio negra y dijo en tono rutinario.

—Llamando Debarnot. Atención, homicidio con arma de fuego en calle Estrada número ciento quince.

Repito, homicidio, Estrada ciento quince.

—*Adelante Debarnot. Aquí comisaría* —Marcelo creyó reconocer la misma voz con la que había hablado por teléfono.

—Necesito al menos un agente más para comenzar la inspección del domicilio. El cuerpo fue descubierto por un joven que se encuentra actualmente en el recinto, necesito que sea trasladado a la comisaría y que se le tome declaración. ¿Pueden enviar a alguien a buscarlo?

—*Afirmativo, Debarnot. Enviamos a Moreira inmediatamente.*

—Espere un momento afuera por favor —dijo el policía volviendo a dirigirse a Marcelo—. Lo van a venir a buscar en breve y lo llevarán a la comisaría para que dé su testimonio.

Marcelo se sentó en el escalón de la puerta, cerrándola tras salir. Estaba helado. Improvisó un asiento con su carpeta de geografía y perdió la noción del tiempo mientras pensaba en lo que acababa de ver. ¿Quién le había pegado un tiro al viejo marino? ¿Qué había pasado con la cinta? ¿Estaba una cosa relacionada con la otra?

La sirena del coche de la policía lo devolvió al mundo real. Del vehículo se bajó una rechoncha y familiar figura. Marcelo conocía al oficial Moreira de toda la vida. De hecho, eran casi vecinos. Solo dos casas separaban a Marcelo de la pequeña vivienda prefabricada donde el policía vivía con su esposa y sus tres pequeños hijos varones.

—¿Qué hacés Marcelito? ¿En qué lío te metiste?

—No sé, no entiendo nada. Llegué y me encontré al viejo con un tiro en la cabeza. Yo creo que lleva varias horas muerto porque está tieso y la sangre completamente coagulada.

—Esperame un segundo, ahora vuelvo y vamos a la comisaría así te tomo una declaración formal —dijo Moreira palmeándole la espalda y se metió a la casa.

Al cabo de quince minutos, Moreira ya no tenía una sonrisa amable debajo del bigote.

—No hace falta que te explique el procedimiento de prestar declaración formal, ¿o sí?

—No, —respondió Marcelo— me acuerdo de la otra vez.

—Me imaginaba —dijo el policía abriendo la puerta del coche.

Evidentemente, en la comisaría los rumores corrían tan o más rápido que en el pueblo. Siete meses atrás, en una de sus pocas salidas de noche, un compañero del colegio se había visto involucrado en una pelea callejera. En el momento en que Marcelo empezaba a intervenir para separarlos, apareció la policía quién sabe de dónde. Por ser menores de edad, a los dos pendencieros los tuvieron que ir a buscar sus padres. Él, en cambio, había podido irse a casa solo, aunque también tenía diecisiete años.

Cuando llegaron a la comisaría, Moreira lo condujo a su oficina. Era un pequeño cuartito de paredes beige con un escritorio sobre el cual descansaba una máquina de escribir Olivetti de color verde. Dos sillas, una a cada lado, completaban el mobiliario.

Moreira se sentó en la más cómoda y puso la go-

rra azul sobre la mesa. Invitó a Marcelo a tomar asiento y de uno de los cajones del escritorio sacó una hoja en blanco que introdujo en la máquina. A pesar de utilizar solo sus dedos índices, escribía rápidamente. Durante los primeros minutos, mecanografió en silencio. Finalmente levantó la cabeza y comenzó con las preguntas.

—¿Nombre completo?

—Marcelo Alejandro Rosales.

Mientras transcribía la respuesta, pronunciaba la siguiente pregunta.

—¿Fecha de nacimiento?

—Ocho de julio de mil novecientos sesenta y tres.

—Estudiante, soltero y argentino nativo, ¿no?

—Sí —respondió Marcelo, aunque el policía conocía de memoria esos y muchos otros datos más. De hecho, cualquier persona de Puerto Deseado conocía vida y obra de cada uno de sus vecinos.

Pasado aquel preámbulo monótono, Moreira por fin le indicó que contara todos los hechos con el mayor nivel de detalle posible. Explicó todo lo sucedido, poniendo énfasis en cómo había abierto el armario y descubierto la desaparición de la cinta una vez avisada la policía.

Aquello llevó a otra serie de preguntas sobre su relación con la víctima. Explicó que había estado yendo a la casa del marino para transcribir el relato y que aquel día completaría la tarea. También se explayó en cómo, junto a un par de amigos, comenzarían a buscar el naufragio del que hablaba la cinta ahora desaparecida.

Moreira retiró la tercera hoja de la máquina de

escribir y la puso detrás de las dos anteriores, empujándolas con los dedos hacia el otro lado del escritorio. Marcelo las leyó y firmó al pie de cada una.

—¿Ahora me puedo ir? —preguntó a su vecino en rol de policía.

—Todavía no. Tenés que esperar a que venga Debarnot de la casa de la víctima. Seguramente querrá leer tu declaración y hacerte más preguntas.

La espera se prolongó por varias horas. Técnicamente Marcelo tendría que haber aguardado a Debarnot en la sala de espera de la comisaría, pero Moreira le permitió quedarse en su oficina e incluso le trajo un sándwich y un vaso con agua.

Finalmente apareció Debarnot, llevando en la mano lo que Marcelo reconoció como la declaración que acababa de firmar. Rodeó el escritorio y se sentó donde unas horas atrás había estado Moreira. Debarnot no se quitó la gorra.

—¿Marcelo Rosales?

—Sí.

—Aquí usted declara —dijo señalando los papeles que tenía en la mano— que la relación que lo une a la víctima es la práctica del submarinismo.

—No exactamente.

—¿No exactamente? —preguntó Debarnot inquisidor.

—Lo que digo es que yo soy submarinista y que mi relación con don Olivera nace de esta actividad. Él

tiene... bueno, tenía, conocimiento sobre el hundimiento de un barco inglés en las costas de Puerto Deseado. En ningún momento digo que don Marcos sea buzo o practicase submarinismo.

Debarnot levantó la cabeza con una sonrisa de labios apretados.

—Entonces no me negará, señor Rosales, que si un policía encontrara una referencia al buceo en la escena del crimen, sería lógico preguntarle a usted qué sabe del tema. ¿No le parece?

—Sí, pero ¿de qué está hablando? No lo entiendo
—dijo Marcelo incorporándose en la silla.

—Estoy hablando de esto.

Debarnot metió su mano peluda en uno de los bolsillos del uniforme y extrajo una pequeña revista. La tiró sobre el escritorio y miró a Marcelo a los ojos.

—Ábrala en la página diecisiete.

Era la revista de crucigramas que el viejo había estado resolviendo en su último encuentro. De la página diecisiete, Olivera sólo había completado la mitad de las palabras.

Pero Debarnot no se refería a lo que estaba escrito dentro del crucigrama, sino fuera de éste. Al leer la frase garabateada al margen, Marcelo sintió un frío como si lo tiraran a la ría sin traje de neopreno:

CUIDADO CON LOS OTROS BUZOS.

Sin duda era la letra del marino. Sin embargo, aunque estaba escrito en imprenta, todos los trazos estaban conectados, como si no hubiera tiempo para levantar el bolígrafo.

—¿Se da cuenta a lo que me refiero, Rosales?

Marcelo asintió con la cabeza sin dejar de mirar aquellas cinco palabras que no estaban cruzadas.

—¿Hay algo que quiera agregar a su declaración? —preguntó amigable Debarnot.

—Todo lo que sé está escrito en esas páginas. No tengo ni la menor idea de si Olivera se refiere a nosotros o a alguien más con el término *otros buzos*.

—Tampoco existe forma alguna de averiguar cuándo exactamente fue escrita esa frase. Aunque considerando que todas las páginas posteriores están en blanco, me jugaría una buena suma a que fue una de las últimas cosas que escribió.

Y por el trazo lo había escrito bastante apurado.

—Sinceramente lo que más quisiera es ayudarlo, pero no sé cómo —dijo Marcelo.

—No se aleje de la localidad por algunos días. Es probable que conforme avance la investigación necesitemos hacerle algunas preguntas más.

—¿Debería preocuparme? —preguntó Marcelo.

—Por ahora no. Llegado el caso, nos contactaremos con usted en su domicilio. Ahora si me disculpa, necesito terminar varias formalidades. Puede irse.

Sin saber bien por qué, agradeció al oficial antes de retirarse.

Llegó a su casa alrededor de las seis de la tarde. Se sacó el guardapolvo, que había llevado puesto todo el día, encendió la estufa y se sentó en la mecedora de mimbre junto al fuego. Sus ojos, fijos en el mar, solo veían al Olivera inmóvil con un charco de sangre a sus pies.

Cuidado con los otros buzos.

¿El viejo habría escrito esa frase para Marcelo? Si era así, ¿quiénes eran los otros buzos? Marcelo sólo conocía a dos personas en el pueblo que bucearan, además de él: Claudio y Ariel. Era imposible, pensó, que Olivera se refiriera a alguno de ellos.

Claudio era para él casi un hermano mayor, y había estado a su lado incondicionalmente, sobre todo desde su nefasto cumpleaños número dieciséis. La relación con Ariel, por otra parte, no era tan cercana. Sin embargo, se conocían de toda la vida y aunque no pondría por él las manos en el fuego como lo haría por Claudio, de ahí a pensar que era capaz de pegarle un balazo en la cabeza a alguien había un largo trecho.

Olivera tenía que haberse referido a alguien más, pensó Marcelo. ¿Pero a quién? Quien fuera, había matado a quemarropa y se había llevado una cinta que no le pertenecía.

Permaneció allí hasta que se hizo de noche. Quizás, se dijo, lo mejor sería irse a la cama e intentar descansar un poco. Pero ¿quién podía dormir después de un día como aquel? No importaba, las otras opciones eran cenar o salir a caminar, y no tenía ni hambre ni ganas de encontrarse con nadie.

Una vez en la cama, estiró la mano y apagó la única luz que quedaba encendida en la casa. Cerró los ojos resignado a una gran batalla contra el insomnio. Cinco segundos más tarde los volvió a abrir. Encendió la luz que acababa de apagar y caminó hacia el comedor.

Junto a la puerta de entrada a la casa, un jarrón de cerámica ocre descansaba sobre un mueble de madera de pino. Lo vació sobre la mesa y entre los pequeños

LA CORBETA SWIFT

objetos que quedaron desparramados, escogió una llave. La introdujo en la cerradura de la puerta y le dio dos vueltas por primera vez en su vida.

8

Cuando se despertó ya era de día y alguien golpeaba la puerta como si la quisiera tirar abajo. Se puso la ropa del día anterior que había colgado en una silla a los pies de la cama y fue al comedor. Giró el picaporte helado pero la puerta permaneció inmóvil. Tras ver a Claudio y Ariel redondeados por la mirilla, giró la llave y abrió.

—Dale, Cabeza, que vamos al llegar tarde para la pleamar. ¿Te quedaste dormido?

Evidentemente, desde la tarde anterior sus amigos no habían ido al supermercado ni al correo ni a ningún otro lugar donde la conversación entre cliente y empleado habría empezado con la pregunta *¿Te enteraste de quién se murió?*

—Mataron al viejo Olivera —dijo Marcelo sin anestesia, mirando a Ariel y luego a Claudio.

—¿Cómo? —preguntaron los dos al unísono.

Marcelo los hizo pasar y les relató todo, desde la salida del colegio hasta el final de las largas horas en la comisaría. Cuando terminó, sus compañeros permanecieron en silencio. Ariel tenía las dos manos sobre su cara y entre los dedos se veían sus ojos negros más abiertos que nunca. Solo se movió para servirse un vaso con agua, pero no pronunció palabra. Fue Claudio, que estaba cruzado de brazos y miraba fijamente al suelo, quien rompió el silencio.

—Qué amargura, che. Tener que encontrarte con algo así sin tener nada que ver. Debe haber sido horrible.

—Fue realmente horrible. Aunque lo que más me atormenta es, justamente, que no estoy seguro de no haber tenido nada que ver.

Ariel se atragantó con el agua y empezó a toser sin parar.

—¿Qué estás queriendo decir, Marcelo? —dijo cuando se compuso.

—No me pregunten por qué —respondió Marcelo mostrando las palmas de las manos—, pero mientras esperaba a la policía pensé en el relato. Me sentí una porquería, pero no pude resistir la tentación de abrir el mueble donde Olivera guardaba la cinta. No estaba. Estaba la grabadora, pero faltaba la cinta.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo Ariel— A lo mejor el viejo la guardó en otro lugar. O quizás quería limpiar el aparato. Hay mil razones para sacar una cinta de su grabadora, Marcelo. No tiene por qué estar relacionado con un asesinato.

—Quizás estoy un poco paranoico, no lo niego, pero el viejo jamás sacó la cinta de la grabadora enfrente de mí. Y me acuerdo perfectamente que el primer día que fui a su casa, la trajo en una caja polvorienta que dijo que hacía años nadie tocaba. Cuando la abrió, la cinta estaba puesta en la grabadora. O sea que si es por guardarla, el viejo prefería guardarlas juntas.

—Insisto —dijo Ariel— en que no tiene por qué haber una conexión entre una cosa y la otra.

—Es que eso no es todo. La policía encontró en la

revista de crucigramas que Olivera estaba resolviendo la frase *cuidado con los otros buzos*. Estaba escrita al margen, con trazo apurado.

—¿Qué querés decir? —preguntó Ariel.

—El viejo era fanático de resolver crucigramas. Cada uno de los cuatro días que fui a su casa, se la pasó enfrascado en las palabras cruzadas mientras yo copiaba el relato. Y cada día empezaba una revista nueva porque se había acabado la anterior. ¿Entienden lo que quiero decir?

Las expresiones de Claudio y Ariel no afirmaban ni negaban.

—La policía —siguió Marcelo— encontró la frase en un crucigrama a medio resolver. Todos los de las páginas anteriores estaban completos y todos los de más adelante completamente vacíos.

—¿Estás pensando que el viejo escribió esa frase poco antes de morir? —preguntó Ariel.

—Yo diría —retrucó Marcelo— que la escribió *justo* antes de morir. Trazo apurado, crucigrama sin terminar, tiene sentido. Me pregunto qué significa esa frase y dónde está la bendita cinta.

Claudio le puso una mano firme en el hombro y lo miró a los ojos antes de hablarle.

—Cabeza, realmente esto es muy fuerte para cualquier persona. Yo creo que no deberías sacar conclusiones apresuradas por ahora. Además, para investigar está la policía. Basta con que les digas toda la verdad y ellos se van a encargar del resto.

—Pero Claudio, no me digas...

—Además el viejo era marino —continuó Clau-

dio— y la vida de altamar es muy diferente a la de tierra firme. A mí esto me huele a vendetta. En el agua hay reglas que si no respetás, tarde o temprano te lo hacen pagar. ¿O no te acordás de lo que le pasó al Pucho?

—Por supuesto que me acuerdo de lo de Pucho —dijo Marcelo.

En enero, Jesús “Pucho” Arancibia había sido asesinado de cuatro disparos en el pecho a la salida de un local nocturno. Después de una semana, la policía había logrado detener al autor. Tanto el verdugo como la víctima habían trabajado juntos en varias oportunidades en un barco pesquero de la compañía Argenpesca.

Las declaraciones del asesino todavía daban que hablar en las colas del supermercado. Si bien había alegado estar ebrio al matarlo, admitió que en todo momento sabía lo que hacía. El motivo, dijo, fue que Arancibia no le había pagado una deuda contraída en altamar. A pesar de las obvias sospechas de que se trataba de un caso de narcotráfico, el acusado declinó revelar detalles y asumió los cargos del caso.

—Pero no vas a comparar —intervino Ariel—. Este tipo estaba retirado, tenía una carrera de toda una vida, ¿por qué va a estar metido en algo turbio?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —respondió Claudio alterado— ¿O te tengo que nombrar a los *respectables* del pueblo que todos sabemos que no son trigo limpio?

—Al menos en algo Claudio tiene razón —dijo Marcelo en un tono considerablemente más calmado que el de sus amigos—, estoy bastante sobresaltado y es demasiado pronto para sacar conclusiones. ¿Por qué

no vamos a bucear? En honor al viejo, hoy empezamos oficialmente la búsqueda de la Swift.

—¿Estás seguro, Cabeza?

Marcelo asintió. Un poco de agua fría le vendría bien para aclarar sus ideas.

La corriente ría adentro confirmaba que la marea estaba subiendo. Por las marcas de verdín sobre las rocas, Marcelo estimó que la pleamar sería en una hora y media. Luego, como siempre, el nivel del agua se mantendría por poco más de quince minutos para comenzar a bajar entre cuatro y seis metros.

Las mareas eran decisivas en las inmersiones. La corriente hacia afuera durante la bajante arrastraba sedimento desde ría adentro reduciendo la visibilidad a menos de dos palmos. Con marea alta, en cambio, el agua limpia del océano inundaba la ría de claridad.

Habían decidido que comenzarían la búsqueda con una serie de diez inmersiones alrededor de la isla Chaffers. A pesar de su nombre, dos veces por día era isla y dos veces, península. Todo dependía de la marea.

La isla Chaffers era el último punto de la margen sur de la ría, totalmente deshabitada. Más al este, el mar abierto se extendía por decenas de miles de kilómetros y una línea recta paralela al ecuador no encontraría tierra hasta llegar al extremo sur de Nueva Zelanda. Y si bien el relato de Gower parecía indicar que el hundimiento había sido en la margen norte, no era lo

suficientemente claro como para descartar la costa sur, tan llena de peligros sumergidos como la otra.

Al momento de tirar la Piñata al agua, Claudio se dio cuenta de que había olvidado inscribir el viaje en el libro que el club náutico llevaba como control. En el caso de no volver a la hora prevista que apuntaban en el libro antes de zarpar, el club daba aviso a la prefectura para que los fueran a buscar a donde habían declarado como destino.

Mientras Ariel completaba esa formalidad y Marcelo daba la última mirada al equipo de buceo, Claudio acercaba el coche hasta la orilla marcha atrás, sumergiendo poco a poco el remolque en el que llevaba la embarcación hasta que ésta comenzó a flotar. Cuando finalmente estuvo todo listo, se metieron en el agua hasta la cintura y saltaron a bordo.

Una vez rodearon Punta Cascajo, apareció a lo lejos la isla a la que se dirigían. Ariel notó algo extraño.

—¿Y esa lancha en la Chaffers? No la había visto nunca.

—Debe ser el viejo Cafa que anda pescando. Le gusta salir temprano los sábados —respondió Marcelo.

—Imposible, —intervino Claudio— el bote de Cafa es rojo, de madera y mucho más grande. Éste es inflable y de color naranja, como el nuestro.

Los restantes quince minutos de navegación transcurrieron sin que nadie pronunciase palabra.

Al llegar a la isla, Claudio detuvo el motor dejando entre la Piñata y aquel bote forastero no más de cinco metros. Las tres personas a bordo tenían puestos los mejores equipos de submarinismo que Marcelo había

EL SECRETO SUMERGIDO

visto nunca.

Cuidado con los otros buzos.